
Barcelona, el Mediterráneo y las redes mercantiles italianas en la Baja Edad Media

Maria Elisa Soldani*

En el siglo XV, Barcelona era una ciudad de consolidada tradición mercantil en la que la élite dominante estaba formada principalmente por personajes que debían sus fortunas al comercio. Por lo menos hasta la denominada Guerra Civil de 1462-1472, la ciudad estuvo intensamente vinculada al Mediterráneo. Su proyecto político y comercial se había concretado gracias a la unión de esfuerzos de diversos grupos socioprofesionales y de las instituciones que los representaban: la monarquía, la Generalitat, el Consell de Cent y el Consolat de Mar. La unidad política, económica y cultural realizada gracias a la red consular catalana en el Mediterráneo se beneficiaba de la riqueza de este mar, un lugar de intercambios en el que –como observó eficazmente Mario del Treppo– los mercaderes catalanes constituían un factor de unificación más fuerte que el propio elemento político.¹ Fue también el resultado de una política monárquica que, a lo largo de los siglos, había intentado favorecer un cierto tipo de organización económica y comercial impulsada por las élites urbanas. A pesar de su esfuerzo por el control y de su intento de promover una política proteccionista, el monarca había tenido que comprometerse con los extranjeros presentes en sus reinos por la necesidad de conseguir dinero y servicios. Dentro de un sistema ya de por sí definido como pactista, las relaciones entre el rey, las instituciones catalanoaragonesas, las potencias extranjeras y –utilizando una expresión de De Maddalena– “la república internacional del dinero”, fueron gestionadas a través de negociaciones constantes.²

* Institució Milà i Fontanals (CSIC, Barcelona). Este trabajo se inscribe en el proyecto de investigación aprobado y financiado por el MICINN: «*La Corona de Aragón en el Mediterráneo bajomedieval. Interculturalidad, mediación, integración y transferencias culturales*» (HAR2010-16361), dirigido por Roser Salicrú i Lluch.

1. Mario DEL TREPPO, «La Corona d'Aragona e il Mediterraneo: aspetti e problemi comuni da Alfonso il Magnanimo a Ferdinando il Cattolico (1416-1516)», en *La Corona d'Aragona e il Mediterraneo: aspetti e problemi comuni da Alfonso il Magnanimo a Ferdinando il Cattolico (1416-1516)*, *Atti del IX Congresso di Storia della Corona d'Aragona, Napoli* (11/15-IV-1973), Nápoles, Società napoletana di storia patria, 1978, vol. I, pág. 301-331. Sobre la formación, entre siglo XII y XIII, del vínculo entre monarquía y élites barcelonesas emergentes, Stephen P. BENSCH, *Barcelona i els seus dirigents 1096-1291*, Barcelona, Proa, 2000; y «Poder, dinero y control del comercio en la formación del régimen municipal de Barcelona», en Manuel ROVIRA I SOLÀ i Sebastià RIERA I VIADER, *El temps del Consell de Cent, I. L'emergència del municipi, segles XIII-XIV*, Barcelona, Ajuntament de Barcelona (*Barcelona Quaderns d'Historia*, 4), 2001, pág. 49-58.
2. Aldo DE MADDALENA, «La repubblica internazionale del denaro: un'ipotesi infondata o una tesi sostenibile?», en Aldo DE MADDALENA y Hermann KELLENBENZ (eds.), *La repubblica internazionale del denaro tra XV e XVII secolo*, Bolonia, Il Mulino, 1986.

La circulación de las élites mercantiles suponía el intercambio económico y de prácticas y competencias, junto con la confrontación de valores culturales, religiosos y políticos. Si los mercaderes en general fueron protagonistas privilegiados de la historia del Mediterráneo bajomedieval, los florentinos en particular fueron los más dinámicos y emprendedores. Presentes con sus compañías en las mayores plazas mercantiles, se caracterizaron por una amplia diversificación de inversiones, pero, sobre todo, por las competencias financieras, que les llevaron a ser banqueros, tesoreros y maestros de la ceca de príncipes, reyes y papas.³ Para ellos, el ejercicio de la mercadería era un arte:

Mercatura è arte, overo disciplina, tra le persone legitime giustamente ordinata nelle cose mercantili per conservatione dell'humana generatione con speranza di guadagno.⁴

Así se expresaba a mediados del siglo XV el mercader de origen raguseo Benedetto Cotrugli en el que se convirtió en uno de los manuales de mercadería más conocidos de la Baja Edad Media. En su visión del mundo mercantil, la actividad comercial iba más allá de la mera práctica de enriquecimiento a través del tráfico de las mercancías para convertirse en una disciplina codificada a través de normas éticas y comportamientos sociales en los que “la esperanza de ganancia” no estaba separada de la consideración de legitimidad y de orden, con el noble fin de la conservación humana. Cotrugli hacía aquí referencia a aquella noción de “bien común” que podemos encontrar también en otros lugares del Mediterráneo, codificada por los franciscanos, incluidos los que predicaron en tierras del rey de Aragón y llegaron a ser sus consejeros áulicos.⁵

El raguseo Benedetto Cotrugli fue un personaje emblemático de este mundo Mediterráneo: a pesar de no ser florentino, llegó a escribir ese manual en el lenguaje vulgar toscano, que en aquel entonces era el idioma privilegiado de la comunicación literaria, de la diplomacia y, en particular, del comercio internacional. A pesar de no ser florentino, como decimos, Cotrugli tuvo sociedades y negocios con mercaderes pertenecientes a la república toscana, de los cuales pudo apreciar la gran experiencia y la forma de hacer, como lo demuestran los múltiples ejemplos mercantiles que incluye en su manual y que siempre se refieren a las estrategias de las grandes compañías florentinas. Hablando de la extensión de sus negocios que, junto con la capacidad de controlar y coordinar más plazas, permitían a los florentinos no sólo interpretar los eventos sino también anticiparlos, utilizaba palabras de admiración. Esta era la razón – afirmaba – por la que los florentinos eran mercaderes «grandes y ricos». En este sentido

3. Entre otros, y sin poder ser exhaustiva: Yves RENOARD, *Les hommes d'affaires italiens du Moyen Age*, París, A. Colin, 1949; Federigo MELIS, *Aspetti della vita economica medievale. Studi nell'Archivio Datini di Prato*, Siena, Monte dei Paschi di Siena, 1962; Armando SAPORI, *Studi di storia economica (secc. XIV, XV, XVI)*, Florencia, Sansoni, 1982, 3 vol.; Raymond DE ROOVER, *Il Banco Medici dalle origini al declino (1397-1494)*, Florencia, La Nuova Italia, 1988; Sergio TOGNETTI, *Il Banco Cambini. Affari e mercanti di una compagnia mercantile-bancaria nella Firenze del XV secolo*, Florencia, Olschki, 1999; Richard A. GOLDTHWAITE, *The Economy of the Renaissance Florence*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 2009. Para el caso de Barcelona: M. Elisa SOLDANI, *Uomini d'affari e mercanti toscani nella Barcellona del Quattrocento*, Barcelona, CSIC, 2010.

4. Benedetto COTRUGLI, *Il libro dell'arte di mercatura*, U. Tucci (ed.), Venecia, Arsenale, 1990, pág. 159-160.

5. Paolo EVANGELISTI, *I Francescani e la costruzione di uno Stato. Linguaggi politici, valori identitari, progetti di governo in area catalano-aragonesa*, Padua, EFR, 2006.

era categórico: quien quisiera realizar grandes negocios, «facciende grosse», habría tenido que tomar su ejemplo.

Las empresas florentinas del siglo XIV tuvieron dimensiones significativas y representaron una absoluta excepción en el panorama de la época. De la casa-madre de una empresa dependían sucursales diseminadas por las principales plazas comerciales y financieras europeas y mediterráneas, con un importante número total de personal. La compañía de los Bardi, por ejemplo, llegó a tener 346 factores entre 1310 y 1345.⁶ Aunque redimensionadas por las grandes quiebras del Trecentos, las empresas florentinas del siglo XV siguieron siendo muy estructuradas, divididas en compañías especializadas en diversos sectores –comercial, industrial, bancario– según las ciudades donde operaban y con ingentes capitales a su disposición. Y seguían teniendo un importante número de factores y agentes, que muchas veces poseían, además, una participación en la misma compañía.

La presencia de mercaderes toscanos, no únicamente de florentinos, en la ciudad de Barcelona, es muy antigua. En 1160, el viajero judío Benjamín de Tudela la describía como una pequeña pero bella ciudad situada en la costa, a la que acudían, con sus propias mercancías, comerciantes de «todos los confines». Con sus mismas palabras, llegaban «de Grecia, Pisa, Alejandría, de la tierra de Israel y de África».⁷ Además de los puertos orientales y de los del sur del Mediterráneo, mencionaba, justamente, Pisa, que había establecido relaciones comerciales con Barcelona muy pronto. Desde el siglo XII, los territorios peninsulares de la Corona de Aragón ya fueron frecuentados por mercaderes extranjeros, atraídos por la centralidad de sus plazas en el comercio internacional y por la riqueza de algunas materias primas. Entre ellos, los primeros fueron los pisanos y genoveses, porque, controlando las iniciativas de reconquista del Mediterráneo occidental y, en particular, participando en la primera expedición de conquista de las Baleares (1113-1115), establecieron una relación privilegiada con los condes de Barcelona. A partir del siglo siguiente, creció también la presencia de luqueses y placentinos, que habían tenido, desde finales del Doscientos, una gran importancia en las ferias de Champagne. Más tarde llegaron principalmente toscanos –sieneses y, finalmente y sobre todo, florentinos–, genoveses, lombardos, venecianos, franceses, así como mercaderes y artesanos alemanes y flamencos. A ellos se añadió un importante número de castellanos, sobre todo patronos vizcaínos, por lo general de paso, que ofrecían servicios de transporte.

A pesar de la importancia que ya en esos siglos Barcelona tenía para los mercaderes extranjeros, hasta por lo menos la mitad del Trecentos la ciudad no constituyó un polo de interés para los florentinos. Si acaso, inicialmente, los florentinos prefirieron Mallorca como centro operativo en ámbito ibérico, escala de las mudas genovesas y venecianas, y directamente conectada con el puerto de Pisa gracias a los pisanos que allí residían o a los mallorquines presentes en Pisa, una comunidad relevante.

Es significativo que en un manual mercantil muy famoso de aquella época, el de Francesco Pegolotti, redactado en los años treinta y cuarenta del siglo XIV, Barcelona no aparece entre las plazas comerciales, sino que es citada sólo de manera ocasional en

6. Armando SAPORI, *Il personale delle compagnie mercantili del Medioevo*, in *Studi di storia economica* (secc. XIV, XV, XVI), Florencia, Sansoni, 1982, vol. II, pág. 750-751.

7. *Libro de viajes de Benjamín de Tudela*, edición de José Ramón Magdalena Nom de Déu, Barcelona, Riopiedras, 1982, pág. 54.

relación con otros lugares, o al tratar de pesos, medidas y monedas.⁸ En cambio, el mercader florentino dedicaba espacio a Mallorca, centro de interés de las compañías florentinas por el tráfico de las lanas, de las pieles, del trigo, de la sal de Ibiza y, al mismo tiempo, por la redistribución de mercancías ponentinas y levantinas. De hecho, la isla, a través de la navegación de cabotaje, hacía de puente con los territorios peninsulares de la Corona de Aragón, la Francia meridional y el sur de la península Ibérica. El hecho de estar inscrita en la ruta de las mudas genovesas y venecianas, la conectaba con los puertos atlánticos de Brujas y Londres y con los adriáticos y levantinos. Fue a partir de la segunda mitad del siglo XIV cuando Barcelona alcanzó el rango de plaza clave en los circuitos comerciales y financieros de las compañías florentinas. Al ser incluida en las escalas del itinerario de la navegación de estado florentina, mantuvo esta importancia durante todo el siglo XV, como lo atestigua la presencia de ilustres mercaderes y banqueros que operaron aquí, estableciendo una compañía o a través de redes de agentes.

Entre finales del siglo XIV y principios del XV, los principales centros del circuito catalanoaragonés cubrían funciones distintas.⁹ Barcelona era el puerto desde el cual zarpaban los barcos hacia Oriente, y por lo tanto era una plaza de redistribución de mercancías que, además de llegar de la costa y del interior, procedían de las mayores islas del Tirreno, de Levante, del norte de África y de puertos como Brujas y Londres.¹⁰ Constituía, así, una plaza de estudio ideal para programar las actividades económicas en base al ritmo de las producciones, junto al de la llegada y salida de las naves por las diversas rutas. En esta plaza se encontraban una gran variedad de productos: procedentes del área italiana (como tejidos de oro y seda, fustaños y obras de metal); mercancías de origen ponentino como la lana y los paños de Inglaterra; metales en piezas y obrados de área germánica; bienes orientales como las especias, y también algodón, colorantes y azúcar, además de jabones, alumbre y esclavos. Mallorca, como he dicho anteriormente, además de para la compra de las lanas, constituía una etapa intermedia en el itinerario de las galeras genovesas y de la muda veneciana, puente entre el Mediterráneo y el Adriático. Las Baleares y Valencia fueron, pues, una importante área de conjunción con el Magreb.¹¹ A su vez, Valencia fue un centro de abastecimiento de materias primas procedentes de su huerta, bien conectado con el sur de la península Ibérica y con los centros atlánticos. A lo largo del Cuatrocientos, además, Valencia habría incrementado y consolidado su propia importancia industrial, comercial y

8. Francesco BALDUCCI PEGOLOTTI, *La pratica della mercatura*, edición de Allan Evans, Cambridge (Mass.), Medieval Academy of America, 1936, pág. 100, 113, 122, 127, 167, 203, 224, 225 y 291.

9. Federigo MELIS, «L'area catalano-aragonesa nel sistema economico del Mediterraneo occidentale», en *La Corona d'Aragona e il Mediterraneo: aspetti e problemi ...*, pág. 191-209.

10. Mario DEL TREPPO, «L'espansione catalano-aragonesa nel Mediterraneo», en *Nuove questioni di storia medievale*, Milán, Marzorati, 1964, pág. 250-300; *I mercanti catalani e l'espansione della Corona d'Aragona nel secolo XV*, Nápoles, L'arte tipografica, 1972; «La Corona d'Aragona e il Mediterraneo: aspetti...»; Claude CARRÈRE, *Barcelona 1380-1462*, Barcelona, Curial, 19772 vol.; Damien COULON, *Barcelone et le grand commerce d'Orient au Moyen Âge*, Madrid-Barcelona, Casa de Velázquez IEMed, 2004; M. Dolores LÓPEZ PÉREZ, *La Corona de Aragón y el Magreb en el siglo XIV: (1331-1410)*, Barcelona, CSIC, 1995; Roser SALICRÚ I LLUCH, *El sultanat de Granada i la Corona d'Aragó, 1410-1458*, Barcelona, CSIC, 1998.

11. Antoni RIERA MELIS, *La Corona de Aragón y el Reino de Mallorca en el primer cuarto del siglo XIV*, Madrid-Barcelona, CSIC, 1986; Pierre MACAIRE, *Majorque et le commerce international: (1400-1450 environ)*, Lille, Atelier Reproduction des theses Université de Lille III, 1986; Onofre VAQUER BENNASAR, *El comerç marítim de Mallorca: 1448-1531*, Mallorca, El Tall, 2001; Giampiero NIGRO (ed.), *Mercanti in Maiorca. Il carteggio datiniano dall'isola (1387-1396)*, Florencia, Le Monnier, 2003.

financiera.¹² Hasta un pequeño centro como Perpiñán tenía su papel en el sistema, porque permitía, por un lado, abastecerse de algunos bienes muy buscados, como los paños locales y el pastel, y por el otro, aprovechar la posición estratégica de frontera, a medio camino entre Barcelona y Aviñón, desde donde se podían programar no sólo operaciones de cambio, sino que un verdadero tráfico de piezas metálicas.¹³ Finalmente, más al sur en la costa, en los cargadores de Tortosa, los Alfachs y la Ampolla, se concentraban los cargos de lanas procedentes del área del Maestrazgo, que desde allí salían hacia los puertos del alto Tirreno y del Adriático.

Este sistema, al hallarse plenamente interconectado, hizo que las compañías florentinas que operaban en Barcelona estuvieran presentes también en las otras plazas: en Valencia, Mallorca, Perpiñán, Tortosa, así como en Nápoles y Palermo; compañías como Datini, Alberti, Bardi, Biliotti, Dati, Strozzi y Tecchini.¹⁴ Incluso cuando no operaban a través de verdaderas compañías, controlaban estas plazas por medio de sociedades en comandita, o bien a través de una red de agentes, tanto connacionales como locales.

En este sentido, la forma de actuar de los florentinos en el extranjero es muy peculiar y distinta de la de otros grupos de toscanos e italianos. Los florentinos generalmente estuvieron involucrados en empresas muy estructuradas (de las que hablábamos al principio, que han sido definidas como sistema de empresas) y concibieron su estancia en el extranjero como algo temporal, aunque fuese prolongada; motivada por razones profesionales. Por eso en la organización de su estancia se apoyaban en la red empresarial. No obstante, no faltaron sujetos que actuaron a través de sociedades más sencillas, muchas veces mercaderes caracterizados por una presencia de larga duración, que actuaban como intermediarios *in loco* para los connacionales. Una presencia en el extranjero dictada, sobre todo, por razones profesionales y de carácter temporal. Su gran disponibilidad de capitales y de recursos humanos, junto con los conocimientos en el ámbito de la acuñación de las monedas y de la especulación en los cambios entre divisas, hicieron que los florentinos fueran malqueridos y sospechosos a los ojos de los catalanes. Sin embargo, no faltaron hombres de negocios florentinos que, huyendo de medidas de naturaleza política, encontraron amparo en las tierras catalanoaragonesas. Estos sujetos estuvieron más interesados en arraigar y en hacerse considerar súbditos de la Corona.

En la relación entre florentinos y catalanoaragoneses, hay que tener en cuenta también el impacto de un año determinante: 1447. La declaración de guerra a Florencia

-
12. Jacqueline GUIRAL, *Valencia, puerto mediterráneo en el siglo xv (1410-1525)*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1989; David IGUAL, *Valencia e Italia en el siglo xv. Rutas, mercados y hombres de negocios en el espacio económico del Mediterraneo Occidental*, Valencia, Bancaixa, 1998; del mismo autor: «Las relaciones financieras de una ciudad mediterránea: Valencia en la baja Edad Media», en Antonio M. BERNAL (ed.), *Dinero, moneda y crédito en la monarquía hispánica, Actas del Simposio Internacional, Madrid (4-7 de mayo de 1999)*, Madrid, Marcial Pons, 2000, pág. 99-120; Paulino IRADIEL, *Valencia y la expansión mediterránea de la Corona de Aragón*, en David ABULAFIA y Blanca GARÍ (ed.), *En las costas del Mediterraneo occidental*, Barcelona, Omega, 1997, pág. 155-169; Enrique CRUSELLES, *Los mercaderes de Valencia en la Edad Media (1380-1450)*, Lérida, Milenio, 2001; Angela ORLANDI (ed.), *Mercanzie e denaro: la corrispondenza datiniana tra Valenza e Maiorca (1395-1398)*, Valencia, Universitat de València, 2008.
13. Antoni RIERA MELIS, «Perpiñán, 1025-1285. Crecimiento económico, diversificación social y expansión urbana», en ABULAFIA y GARÍ, *En las costas...*, pág. 1-61.
14. Véanse los perfiles de las compañías en SOLDANI, *Uomini d'affari...*: pág. 364-374 (Datini); pág. 329-341 (Alberti); pág. 398-410 (Bardi); pág. 347-354 (Biliotti); pág. 358-364 (Dati); pág. 441-454 (Strozzi) y pág. 454-473 (Tecchini).

por Alfonso el Magnánimo y el embargo al comercio con los florentinos no provocó únicamente su expulsión, sino que alteró las relaciones entre el monarca y, con pocas excepciones, las compañías que a partir del década de 1420 habían contribuido a nivel informativo y financiero a la campaña de conquista de Nápoles. A partir de ese momento, se asistió a una gradual sustitución de los florentinos por los pisanos, o mejor dicho, por aquellos mercaderes y banqueros pisanos que actuaban desde Barcelona en colaboración con los bancos de sus connacionales en Sicilia y con los banqueros de la Curia Romana.

Alberti, Medici, Pazzi, Rucellai, Strozzi, da Uzzano, son nombres que evocan familias de primer nivel en la política y en la economía florentina. En la Barcelona del siglo XV operaron compañías que ocupaban un lugar relevante en la mercadería internacional, tanto desde el punto de vista de la disponibilidad de capitales, como de la estructura de los sistemas empresariales, caracterizados por la capacidad de planificar los negocios en una amplia escala y por la amplitud de las redes informales. Sin embargo, al lado de las grandes empresas, seguían operando personajes de menor calibre, cuya actividad se caracterizó por la colaboración con las grandes compañías. A veces, estos mercaderes se asociaban para llevar a cabo operaciones concretas, como, por ejemplo, en el pago de los impuestos comerciales, en el momento de garantizar como fiadores la solvencia de los arrendamientos, en el flete de barcos o en la presentación de peticiones de resarcimientos. Más en general, se dibuja un cuadro en el que los negocios entre operadores menores, que podían actuar a título personal o en nombre de sociedades sencillas, se relacionaban constantemente con los de las compañías mayores, para las cuales podían actuar como procuradores o intermediarios. Esta forma de actuar no implicaba sólo a los florentinos, o a los italianos entre ellos, sino que también involucraba activamente a los catalanes. Los toscanos nombraban a mercaderes catalanes como sus procuradores, los hacían parte de sus sociedades, acudían a ellos para el abastecimiento de determinados productos o para solucionar situaciones de emergencia.

El mercado catalán era un mercado difícil de penetrar debido a los fuertes lazos que se habían consolidado, en el transcurso de tres siglos, entre los grupos mercantiles locales y la monarquía. Los florentinos tuvieron que recurrir, así, a intermediarios catalanes para llevar a cabo determinados tipos de operaciones. Tuvieron también un papel clave para sus connacionales aquellos mercaderes de origen toscano que llevaron a cabo un proceso de integración, como los Tecchini/Taquí.¹⁵ Ellos podían actuar, por esta razón, como verdaderos mediadores culturales, porque, gozando de la confianza de los catalanes y poseyendo las características culturales y los conocimientos sobre ambas realidades y prácticas económicas, sociales y culturales, podían decodificar para sus connacionales el sistema político, las normas, facilitar las operaciones comerciales o poner a su disposición su propia red de contactos con el mundo local.

En 1385, Piero Tecchini explicaba en una carta a Francesco Datini que en Perpiñán, en la compra de paños, no era aconsejable que actuasen directamente sus agentes, porque los catalanes, viendo a un extranjero, eran capaces de subirle mucho el precio de las prendas. Le sugería más bien escribirle lo que necesitaba y enviarle un joven:

15. M. E. SOLDANI, «A Firenze mercanti, cavalieri nella signoria dei re d'Aragona. I Tecchini-Taquí tra XIV e XV secolo», *Anuario de Estudios Medievales*, 39-1 (2009), pág. 575-604.

Pero questo vi dicho per la rea condisione di costor que cant vegono .i. estrangere si difendino tropo.¹⁶

Informaciones y consejos similares eran fundamentales para la buena realización de los negocios de las compañías toscanas que operaron en Cataluña. La presencia de los extranjeros en algunas áreas de la Corona, de hecho, podía llevar no tan sólo a la subida de precios, sino que podía generar acciones violentas provocadas por esta postura defensiva de los catalanes.

En el mismo sentido, en 1392, Antonio Lorini, hijo de Filippo, que había sido unos de los pioneros del mercado ibérico de las lanas, explicó en una carta a Francesco Datini y a Stoldo di Lorenzo cómo funcionaba la compraventa de aquellas baleáricas que se compraban mayoritariamente antes de la esquila, desde el 29 de septiembre, día de San Miguel, hasta la Navidad, y aún hasta Pascua.¹⁷ Sin embargo, avisaba de que en Menorca no se podían comprar lanas directamente para no «poner fuego» (*non mettervi il fuoco*). Precisaba que allí cada cual tenía su propio intermediario, un “amigo”, que compraba por su cuenta. En este sentido, para Lorini, no era un problema encontrar un intermediario que actuara en su nombre, con el pago de una comisión, como de costumbre:

Anzi à ciaschuno là il suo amicho che chonpera per lui. Noi v'abiamo amistà assai e di tali che terebono a parte o per cierta provvigione che l'uomo desse loro, sì chome si chostuma.¹⁸

Personajes como Tecchini o Lorini podían encontrar soluciones a los problemas que surgían en el territorio, porque en él se entrelazaban relaciones formales e informales con el mundo de los mercaderes, los artesanos y las instituciones. Piero y Antonio no se ocuparon sólo de abastecer los connacionales de algunos bienes, comprobando precios o informaciones sobre la calidad y la localización. Más bien demostraban tener una red de relaciones con el mundo catalán que les permitía resolver o abreviar situaciones de emergencia. Se trataba, por un lado, de simples “escamotages” para eludir el pago de los impuestos, o de soluciones para hacer transitar la mercancía o ponerla a salvo en los momentos de turbulencias políticas. En una de esas ocasiones, por ejemplo, ante un impedimento en el envío de un lote de lanas a Pisa, Lorini sugirió a Luca del Sera que en lugar de enviarlo a Génova, como se le pedía, lo hiciera llegar directamente a Pisa bajo signo mercantil de catalán:

E, a mio parere, si potrebe mandare a Pisa in nome e segno di Catelano; e in mano di Cathelano stesse là sino che altro si vedesse e, a questo modo, non arebe nessuno rischio.¹⁹

16. *ASPo* (Archivio di Stato di Prato), *Datini*, 184.52/317260, Piero di Matteo Tecchini a Francesco di Marco Datini y socios (20-XII-1385).

17. Coral CUADRADA, «El paper de la llana menorquina segons la documentació datiniana: mecanismes i estratègies comercials», *Acta historica et archaeologica mediaevalia*, 20/21 (1999-2000), pág. 391-408.

18. *ASPo*, *Datini*, 635.14 / 508202, Baldo Villanuzzi a Stoldo di Lorenzo (22-XII-1397); documento citado en CARRÈRE, *Barcelona 1380-1462...*, vol. I, pág. 104.

19. NIGRO (ed.), *Mercanti in Maiorca...*, vol. II, pág. 377-378, carta 185 (27-V-1394).

También los numerosos corredores –*corredors d’orella*– que se encontraban en la lonja, junto con los cambiadores y con los notarios especializados en la redacción de los contratos comerciales, fueron intermediarios en los negocios, fuentes de información y testigos en la redacción de las actas.²⁰ También facilitaban la acción de los mercaderes toscanos en el área catalanoaragonesa algunos corredores de origen florentino que podían ejercer en Barcelona porque se habían casado con una catalana y habían adquirido la ciudadanía. Se trataba de profesionales especializados en la concertación de acuerdos comerciales.²¹ Estos sujetos, al poseer los conocimientos lingüísticos y consuetudinarios y las técnicas sobre las divisas, las mercancías y las plazas mercantiles, operaban poniendo en conexión la demanda con la oferta y, así, los mercaderes extranjeros con los locales, y viceversa, dedicándose mayoritariamente a prestar servicios a tercios y ejerciendo en alternancia los negocios para sí. Por ejemplo, eran convocados por los notarios durante la redacción de la parte final de los protestos de las letras de cambio, para declarar el curso de los cambios del día.

En 1397, el florentino Baldo Villanuzzi afirmaba que se habría quedado de buena gana en Barcelona. Sin embargo, al no haber encontrado el apoyo de una compañía para practicar la mercancía y no pudiendo ejercer la profesión de corredor por no tener mujer catalana, se veía obligado a volver a Italia:

Altro non ci potrò fare. La chagione sie che qui non si può fare sansura se non à moglie di questa terra.²²

Que para un mercader de origen extranjero el requisito indispensable para ejercer la profesión de corredor fuese el hecho de estar casado con una catalana se pone en releve también en otros casos. Stefano di Lotto, *corredor d’orella*, estaba domiciliado en Barcelona, casado con una catalana, y, por tanto, se le consideraba ciudadano. El corredor constituía un referente fundamental para los connacionales presentes en Barcelona. Por ello, no por casualidad se encuentran varios corredores de origen florentino que operaban en aquellos años en la Lonja de Barcelona, hombres de negocios que actuaban no sólo como intermediarios, sino también como mediadores culturales entre toscanos y catalanes. Entre éstos, en las décadas centrales del siglo XV, estaban activos, además de Stefano di Lotto, Bartolomeo di Simone, Francesco da Panzano (este último a la vez como corredor y como mercader) y Antonio Popoleschi. Popoleschi vivía en Barcelona en la calle d’en Gignàs, cerca de donde se situaban los cambistas.²³ Frecuentó mucho la Lonja, donde operaba como corredor y testigo en los contratos notariales. En los años treinta, Antonio operó también en colaboración con sociedades mercantiles y, por ejemplo, fue gobernador del banco de Antonio da Uzzano, mientras que en la década siguiente concertó negocios con los Gaddi, en particular con los hermanos Zanobi y Alessandro.²⁴

20. CARRÈRE, *Barcelona 1380-1462...*, vol. I, pág. 48-50.

21. Kathryn L. REYERSON, *The Art of the Deal. Internediararies of Trade in Medieval Montpellier*, Boston, Brill, 2002, pág. 1-15.

22. *ASPo, Datini*, 635.13 / 508203, Baldo Villanuzzi a Francesco di Marco Datini (29-XII-1397).

23. *AHPB* (Arxiu Històric de Protocols de Barcelona), sig. 166/25, Honorat Saconamina, Llibre comú, 6 de agosto de 1439.

24. *ASF* (Archivio di Stato di Firenze), *Catasto 1427*, reg. 64, c. 403 y *AHPB*, sig. 166/30, Honorat Saconamina, *Liber notularum instrumentorum...*, cc. 9r-v, 16-IX-1446; *AHPB*, sig. 166/8, Honorat Saconamina, Manual, c.

Populeschi, uno de esos mercaderes florentinos que habían puesto en marcha un proceso de integración, no abandonó Barcelona como consecuencia de la expulsión. Al contrario, en 1448 recibió de la reina el encargo de recaudar unos impuestos.²⁵ Antonio también fue de los que se quedaron en Barcelona en los años de la Guerra Civil, y en la ciudad se encontraba también en 1468.²⁶

La actividad de los toscanos se caracterizó por un marcado interés por los servicios bancarios y el mercado del dinero, con operaciones que iban desde la circulación de las letras de cambio al comercio de las piezas metálicas y las inversiones en el mercado de los seguros y en los préstamos para financiar empresas. Aquí, como en otras áreas de Europa, los florentinos fueron famosos maestros de la ceca. Con la sola excepción del “dret dels italians”, el interés por el arrendamiento de los impuestos y la compraventa de rentas privadas y deuda pública bajo forma de “censals morts” y “violaris” fue un tipo de inversión privilegiada por las familias determinadas a integrarse. Para estos sujetos, de hecho, la adquisición de rentas se asociaba a las actividades mercantiles y financieras en el marco de la diversificación de las inversiones entre sectores de mayor o menor riesgo, pero tenía también un importante valor social. Las transacciones financieras no eran sólo especulativas, servían muy a menudo para apoyar operaciones comerciales, ya que Barcelona, como hemos dicho, era un importante centro de redistribución. Uno de los bienes más importantes en el comercio entre la península Ibérica y la Toscana, por lo menos hasta mediados del siglo XV, era la lana aragonesa, que confluía en los cargadores de Tortosa para luego dirigirse hacia los mayores puertos de la costa del Tirreno. Junto con la propia lana, otra mercancía de exportación importante eran los paños de lana a principios del siglo XV, especialmente los que se producía en la zona de Perpiñán, que tuvieron mucha difusión por todo el Mediterráneo. En dirección contraria, confluían en Barcelona importantes cantidades de papel y de tejidos de seda y de oro, dirigidos particularmente a la clientela de la corte regia y de los grupos dirigentes locales. Tan importante fue el abastecimiento de esta producción típica de la Toscana que, cuando en 1447 el Magnánimo declaró la guerra a Florencia e impuso un embargo sobre las mercancías procedentes de Toscana, los consejeros de Barcelona intentaron implantar esta manufactura a través de la contratación de maestros sederos italianos.

Según las observaciones de un mercader toscano, a finales del Trecentos Barcelona se encontraba llena de florentinos como jamás lo había estado antes. Para dar una idea de la magnitud –dentro de los límites que nos permiten las fuentes y considerando tan sólo los sujetos más activos–, entre finales del siglo XIV y la mitad del XV operaron en esta ciudad, que por aquel entonces podía tener una población de alrededor de 35.000 habitantes, una cincuentena de familias de origen toscano a través de una cuarentena de sociedades. Entre éstas, se documentan una decena de compañías florentinas, activas entre finales del siglo XIV y comienzos del XV, y otras quince para las décadas siguientes, junto con un grupo de personajes que actuaban a veces como intermediarios de esas grandes empresas y otras veces a través de sociedades propias de menor entidad.

95r, 20-V-1447, y c. 105v, 12-VI-1447; *AHPB*, sig. 166/36, Honorat Saconamina, Llibre comú, cc. 59r-v, 29-VII-1451.

25. *ACA* (Archivo de la Corona de Aragón), C., reg. 3.229, cc. 137v-138v (1-VIII-1448).

26. *AHPB*, sig. 166/47, Honorat Saconamina, Plec de documentació diversa, 13-VI-1468; *AHPB*, sig. 165/105, Antoni Vilanova, Plec de documentació diversa, 12-X-1468.

El movimiento mercantil entre la Toscana y la Cataluña bajomedievales se compuso principalmente de miembros de familias caracterizadas por una fuerte especialización en el sector mercantil y bancario y por un relevante bagaje de cultura política, derivada de una constante participación en la vida pública de su ciudad de origen. Esas características influyeron positivamente en la inserción en la sociedad local, permitiendo a los florentinos, no sólo llevar a cabo los negocios con éxito, sino también establecer firmes lazos con el poder y, en algunos casos significativos, llevar a cabo positivamente procesos de integración y ascenso social.

En Barcelona, los florentinos, como los demás italianos, no estuvieron, como en otros lugares, organizados institucionalmente en un consulado o en asociaciones como la “confraternitas”, y sólo ocasionalmente pudieron apoyarse en un cónsul con funciones de juez. Más allá, no hubo en el marco de la organización del espacio urbano, un barrio o una calle donde se concentraran sus residencias, lugares de culto o sepulturas, ni se dio una tendencia generalizada a la endogamia o a la autorreferencialidad de este grupo de inmigrantes. Los hombres de negocios que se establecieron en Barcelona habitaron, como sus compañeros catalanes, en el barrio de la Ribera, resolvieron sus cuestiones comerciales ante los cónsules del Mar y llevaron a cabo las negociaciones comerciales en un edificio común a todos los mercaderes de la ciudad, la Lonja. Esta situación, que parece anómala comparada con la organización de otros mercaderes en el extranjero (por ejemplo, los mismos catalanes), no se dio por falta de acuerdos de reciprocidad entre instituciones, que habían sido establecidos por los reyes de Aragón para la constitución de los consulados catalanes en la Toscana,²⁷ sino que fue debida, con toda probabilidad, a la presión que los mercaderes catalanes ejercieron ante la monarquía para contener la iniciativa extranjera, salvaguardando los privilegios concedidos por los reyes al Consell de Cent y al Consolat del Mar, privilegios que eran de tipo comercial, fiscal y jurisdiccional. Puesto que las funciones de los consulados de los mercaderes en el extranjero eran generalmente de tutela y administración de justicia entre sus representados, ha sido el análisis de la resolución de los conflictos lo que ha permitido comprender cómo se pudieron hacer respetar los contratos y garantizar los derechos de propiedad, venciendo así la falta de una representación estable e institucionalizada. Las relaciones que estos hombres de negocios habían establecido con el poder les pusieron a salvo de las represalias y les garantizaron el acceso directo a la justicia del rey, a través de la concesión de gracias especiales o de cartas de familiaridad. Para los que se podían beneficiar de documentos que los monarcas otorgaban a particulares con su agradecimiento por los servicios recibidos, garantizados por la fe regia, la intervención del rey de Aragón no se limitaba a sus propios dominios y podía extenderse también a cuestiones de ámbito internacional. La posibilidad de ofrecer servicios profesionales y competencias, la de hacer negocios –aunque no fuesen siempre rentables– con la monarquía (que llevaron a algunas compañías a la quiebra) constituía el pago ideal por su protección.

27. Regina SÁINZ DE LA MAZA LASOLI, «Il consolato dei catalani a Pisa durante il regno di Giacomo II d'Aragona. Notizie e documenti», *Medioevo Saggi e Rassegne*, 20 (1995), pág. 195-222; M. Elisa SOLDANI, «‘E sia licito a’ mercatanti katelani avere loggia’: presenza e organizzazione dei mercanti catalani a Pisa e a Siena nel basso Medioevo», en Luis CIFUENTES, Roser SALICRÚ y M. Mercè VILADRICH (ed.) *La presència catalana, a l'espai de trobada de la Mediterrània medieval: noves fonts, recerques i perspectives*, Viella, IRCVM-Medieval Cultures, Roma, en prensa.

Los mercaderes toscanos se establecieron en Barcelona sobre todo por razones económicas relacionadas con su profesión: para arrancar o consolidar negocios, incluso durante una temporada larga de tiempo, pero volviendo después a la ciudad de origen, con la que seguían manteniendo relaciones patrimoniales y afectivas. Otras veces, sin embargo, fueron razones políticas las que empujaron a estos sujetos al desplazamiento: aquellos conflictos entre facciones tan característicos de la historia política de las comunas italianas, que llevaban a la emanación de disposiciones de exilio o a fenómenos de conquista por parte de ciudades rivales y que podían causar, como en el caso de Pisa, la huida de los grupos dirigentes.

Las razones del desplazamiento y las competencias de las que se podían valer en la ciudad de destino influían sobre la manera en la que estos sujetos concebían su presencia en el extranjero y, por otro lado, sobre la percepción que de ellos tenían los grupos autóctonos, provocando su acogida o su rechazo. La manera de concebir su propia presencia determinaba también las estrategias patrimoniales y matrimoniales de las familias, junto con la voluntad de introducirse en la política local y en la burocracia regia. Las distintas estrategias adoptadas por estos sujetos de adaptaban, así, a las exigencias y a los objetivos de familias y de compañías.

Para ir concluyendo, quiero matizar que en el cuadro delineado hasta aquí se pone de relieve cuán necesaria es una relectura de las relaciones entre mercaderes catalanes y toscanos. En la tesis sobre la crisis bajomedieval de Barcelona elaborada por Jaume Vicens Vives, Pierre Vilar y sostenida luego por Claude Carrère, las actividades de los mercaderes extranjeros y su impacto sobre la economía barcelonesa fueron negativamente apreciadas, a través de una lectura casi “colonialista”.²⁸ Tomando las fuentes catalanas del Cuatrocientos demasiado literalmente, a la presencia extranjera se le imputaba –de la misma manera que a los judíos conversos– el haber sustraído a los operadores locales el control del mercado de los capitales, impidiéndoles hacer inversiones productivas. Con todo, constataron, y me refiero particularmente a Vilar, una substancial conservación del comercio internacional y de la prosperidad privada en esta época de presunta crisis, y se estableció que el problema del comercio internacional barcelonés fue su paso a manos extranjeras. A esta visión se añadió la de un espacio Mediterráneo dividido entre centros y periferias en el que se subrayaba el papel de la península Ibérica como periferia, como proveedora de materias primas y mercado para los productos acabados procedentes de la Italia centroseptentrional. Junto con la tesis del acaparamiento del mercado de capitales por parte de los italianos, estas dos lecturas han dado lugar a una visión negativa de las actividades económicas llevadas a cabo por los operadores extranjeros en la Corona de Aragón, actividades que se consideraban de explotación.

A Mario del Treppo se debe una primera revisión de la tesis de la crisis, hoy ampliamente sujeta a discusión en distintos aspectos. En la misma línea deberán ser

28. Jaume VICENS VIVES, «Evolución de la economía catalana durante la primera mitad del siglo XV», en *Acti del IV Congrés de Stòria della Corona d'Aragona, Palma de Mallorca (25 de setembre-2 de octubre de 1955)*, Barcelona, Comisión Permanente de los Congresos de Historia de la Corona de Aragón, 1976, pág. 5-27; y *Manual de historia económica de España*, Barcelona, Vicens-Vives, 1965, pág. 212; Pierre VILAR, *La Catalogne dans l'Espagne moderne*, París, SEVPEN, 1962, en particular: «Declin catalan, élan castillan (1333-1492)», vol. I, pág. 461-520; CARRÈRE, *Barcelona 1380-1462...* Para un estado de la cuestión sobre la crisis, ver Gaspar FELIU, «La crisis catalana de la Baja Edad Media: estado de la cuestión», *Hispania*, 64 (2004), pág. 435-466.

reconsideradas, pues, las relaciones profesionales que los catalanes y los florentinos mantuvieron no sólo en Barcelona, sino también en Toscana y en otros centros europeos y mediterráneos. Éstas, lejos de ser nocivas, estimularon la actividad de los catalanes en ciertos sectores, como el de la producción textil, gracias a la demanda de los operadores extranjeros, en el de los transportes y en el de los servicios de intermediación. También les permitieron establecer relaciones con las finanzas internacionales y, por consiguiente, acceder a un determinado tipo de servicios bancarios con los que apoyaron sus operaciones comerciales y la financiación del armamento de barcos. Se trataba, de hecho, de una relación caracterizada por la complementariedad de los servicios ofrecidos, en la que los catalanes ponían a disposición su marina, mediaban en el abastecimiento de ciertas mercancías para los toscanos, pudiéndose valer de un sistema de territorios que respaldaba su actuación, y, finalmente, facilitaban las operaciones de los florentinos en Oriente, donde en algunas ocasiones estos dos grupos mercantiles tuvieron un representante común.

En el estudio de la presencia de los mercaderes-banqueros toscanos en la Barcelona del Cuatrocientos es indispensable, por tanto, considerar por los menos dos escenarios, el barcelonés y el toscano. En una carta escrita a finales del Trecentos a un agente del famoso Francesco Datini da Prato, el florentino Baldo Villanuzzi refería sus impresiones sobre Cataluña y sus mercaderes.²⁹ Afirmaba que la tierra era hermosa, rica, llena de gente, apta para el ejercicio de la mercadería y ordenada en todo. En Barcelona, Baldo había vuelto a encontrar a los mercaderes catalanes que durante un tiempo habían estado en Pisa y que ahora eran ricos. Estos mercaderes le habían conocido y le habían festejado, invitándole a quedarse con ellos y con sus mercancías. Esta carta nos ayuda a comprender cómo el punto de vista a través del cual se observan los actores y las transacciones económicas ha llevado a no comprender plenamente el papel de los diversos sujetos y el cuadro de los equilibrios recíprocos. Extender la visión y observar cómo interactuaban toscanos y catalanes en otros centros del Mediterráneo permite revelar múltiples elementos de colaboración entre estos dos colectivos. El análisis de fuentes como los protocolos notariales del escribano del consulado de los catalanes en Pisa o la contabilidad de bancos florentinos permite dar, finalmente, una nueva lectura de las relaciones entre florentinos y catalanoaragoneses en el marco más amplio del comercio internacional en el que estas relaciones mercantiles tuvieron lugar.

29. ASPo, *Datini*, 635.14 / 508202, Baldo Villanuzzi a Stoldo di Lorenzo (22-XII-1397); documento citado en CARRÈRE, *Barcelona 1380-1462...*, vol. II, pág. 66.